

EL IRIS DE ESPAÑA.

PERIÓDICO LIBERAL.

MADRID 10 DE DICIEMBRE.

Pues, bien: rueda la bola; ¿qué importa que en el teatro, en el café ó en otra cualquiera reunion no estemos de acuerdo, y cada uno vaya por su lado? El caso es que haya mucho estrépito, y nada mas fácil de conseguir con esa marcha felicitosa y homogénea que todos seguimos, especialmente desde junio hasta hoy; lo mejor es proveernos de muchas armas de partido y luchar sin descanso.

Todo el que no sea progresista puro, fuera, que ese no es liberal. Todo el que no sea democrata, atrás, que ese nos conduce al caos. Todo el que no sea moderado, alto allá, que ese ni es hombre de gobierno ni estadista. Todo el que no sea conservador, ¡cuidado! que ese quiere escalar el poder por medio de un nuevo puritanismo; y así por este orden cada partido canta en su tono, produciendo todos un sonido que por la desafiación que se observa, nunca formará un conjunto de armonía: cada cual con su política, y nada mas que á su política..... ¿Y esto no se puede evitar?

Nosotros, que en todos los partidos, mejor dicho, fracciones, hallamos algo bueno y mucho malo, quisiéramos que durante la formación de la ley del Estado, suspendieran toda polémica sobre la política palpitante, que pudiera prejuzgar ó cohibir la voluntad de los diputados.

Quisiéramos, para que la prensa política llegara á ser mas uniforme en sus trabajos, se constituyera bajo un centro comun de asociación, reuniéndose los directores de los diarios que hoy se publican, bajo la presidencia del mas antiguo, á fin de ventilar todas aquellas cuestiones que dan lugar á polémica, porque no es muy decoroso criticar en los demas, los que diariamente se vé entre nosotros, con este sencillo medio, con lo que en esa reunion amigable se acordara, y valiéndose de un dicho vulgar, que lo hombres hablando se entienden, la prensa seria mas digna, mas respetada, sus tareas darian mejores resultados, el gobierno la facilitaria datos, sus delegados darian esplicaciones muy útiles, con mejores antecedentes los actos del gobierno serian juzgados con mas conocimiento de causa, las polémicas serian menos estériles, los resultados, serian siempre lógicos.

Esta marcha no creemos que sea nueva, y si lo es, no importa. La prensa de Inglaterra, Francia, Bélgica, Alemania y los Estados Unidos, aparece mas digna, porque está rodeada de mas decoro: ella tiene casi siempre la principal iniciativa; los gobiernos se apoderan de

todas las cuestiones que ella ilustra: una vez ventiladas, pasan del terreno de las teorías al de la práctica, y despues al archivo de los hechos aprobados. Todos los ministros, todas las autoridades, todo ciudadano influyente rinden culto á la prensa política, y se hacen cargo de lo que indica, de lo que propone, de lo que ataca, defiende ó ridiculiza; deduciéndose de todo esto, que hay mas respeto á la ley, á los derechos creados, á la consideracion social, al merecimiento. Aquí, hoy mas que nunca, el mundo político del que manda y del que aspira al poder, invierte el orden, lo conmueve todo, su bordinándolo al capricho de sus teorías ó opiniones particulares, por supuesto, en obsequio del bien público.

Buscamos la union liberal, y no la encontramos; buscamos la union de todos los españoles, y esto es imposible, porque les separa un lago de sangre, un millón de cadáveres, inmolados unos en los campos de batalla, otros en el lecho del dolor, otros abatidos en el extranjero; les separan distintas creencias, distintos intereses; les separan, en fin, la tradicion de cincuenta años de lucha encarnizada y constante solo en este siglo. Y en medio de esta lucha interminable, el país se hunde y empobrece!

El dedo de la Providencia esta levantado: el destino dice hoy á los partidos políticos que descansen por medio de una tregua, pues cuando tanto se blasona de ilustracion, tolerancia y adelanto material, no se concibe como generalmente cada año se gastan en nuestras discordias una porcion de millones, para devolver á la madre comun en lugar de mejoras y productos, algunos centenares de victimas. Hoy pudiera decirsenos que segun las ideas viejas, pero vendidas por nuevas que han venido al palenque para reemplazar á las que han defendido y defendien los hombres de 1812 á 1854, nada se hizo en tantos años de lucha. Hoy se quiere que todo cambie radicalmente y no puede ser. Hoy pudiera decirse que la influencia sube; es decir: de hijos á padres, de menores á mayores, de súbditos á jefes, de... ¡Basta!

Si los innovadores nos enseñaran esa piedra filosofal y con medios prácticos nos hicieran ver la bondad de su sistema, convenciéndonos, vivan seguros de que por lo que á nosotros corresponde, nos declaráramos rendidos, pasaríamos á formar en sus filas y les ayudáramos á prestar el servicio de simples soldados rasos y sin prest. Pero cuando todo es hipotético, cuando todavía no nos han enseñado el fruto de su arca santa, cuando los vemos divididos, cuando no sabemos si tienen por base de su edificio político la legislación de Esparta ó la de Atenas, la de Roma ó de Francia, la de San Ma-

rino ó la de los Estados de la Union, cuando en sus deseos hoy por hoy no se descubre mas que el deseo de subir al poder; permítansenos decir al partido á que aludimos, que no siendo mas que una minoría muy escasa, de seguro nos tiranizarian, y en verdad que tendrían razón y harían bien, porque bien lo merecería quien no habia sabido impedirlo.

¿Saben hoy las minorías á quien tendrían que dejar pronto el poder si por una indiferencia, descuido y apatía imperdonables, se lo dejara arrebatarse la mayoría? No necesitamos consignarlo aquí; bien lo deben saber todos. Entonces, nosotros los primeros, ellos despues, recibiríamos el castigo que á todos nos está reservado para ese día fatal. Hé aquí porque damos la voz de alerta. No hay mas que dos caminos que escoger: ó la union ó la desgracia.

Con la union llegaron los Estados Unidos á desafiar el poder de Europa; con la union llevaron las águilas francesas la victoria por todo el mundo; con la union dominó España en Flandes y el Tirol; con la union de los tres reinos figura en primera linea la Gran Bretaña; con la union de los Estados alemanes se sostiene el Austria y la Prusia y no sufren hoy la suerte de Turquía; con la union se ha de levantar España del abatimiento en que se halla; unidos sus hijos, sus intereses, no se llenará de sangre española el pendon de Castilla. Y por eso repetimos: ó la union ó la desgracia. *El Iris de España* os lo anuncia, partidos políticos. Si, os lo dice hoy y os lo dirá mientras lo juzgue necesario. Unidos habeis triunfado y triunfareis siempre; separados seréis vencidos.

La noticia que, desprovista al parecer de todo fundamento, publicaron muchos diarios de la capital y reproducimos nosotros, ha dado margen á que un periódico haya combatido en estilo joco-serio las ideas que profesamos acerca de la cuestion de Oriente y de la parte que, en nuestra opinion, debe tomar España en la contienda.

Convinimos como convenimos con el articulista en que nuestro país necesita paz y tranquilidad, y en que el gobierno español no debe tomar una participacion oficiosa en esa gigantesca lucha, solo tenemos que manifestar la discordancia en que nos hallamos con el periódico á que nos referimos, en lo relativo á que puedan exigir de nosotros los acontecimientos ulteriores; ya hemos manifestado que España no debe negar la cooperacion á las potencias occidentales, si estas reclamaran su auxilio, y lo repetimos hoy, por no convencernos de lo contrario las razones que se alegan, reducidas á que la sangre española no se vende; que nuestra participacion en la lucha seria degradante para la fiera española, y que nuestro interés está en dejar que se destruyan mutuamente los extranjeros para hacer entretanto el negocio doméstico.

Pocas palabras bastan para rebatir esos sofismas; estampados sin duda impremeditadamente, aunque con sobrada arrogancia; si

la Francia y la Inglaterra hubieran visto la cuestion por el lado que el articulista, se habrian cruzado de brazos y permitido que el Autócrata de todas las Rusias fijase su residencia en Constantinopla y la cruz griega en la cúpula de Santa Sofía.

Aunque, afortunadamente para la causa de la civilizacion, no creemos será preciso el auxilio de España para encerrar al oso del Norte en sus antiguos y naturales limites, y esta discusion versa solamente sobre una hipótesis, nos permitirá nuestro colega preguntarnos: ¿Nada tiene España que temer de la Rusia, si esta nacion ocupara el Mediterráneo? ¿No peligrarian nuestras instituciones el día en que la influencia rusa fuese el supremo poder europeo? ¿Toleraria nuestras instituciones ese país, que no ha reconocido aun la legitimidad de Doña Isabel II? ¿Nos degradaríamos ante los ojos del mundo, al concurrir á la defensa del Occidente, si estuviera seriamente amenazado por el Norte? Dejamos al buen sentido de nuestro colega y de nuestros lectores la contestacion á las precedentes preguntas. ¡Ojalá que la bandera nacional nunca hubiera sufrido mayores humillaciones! ¡Ojalá que nuestros soldados no hubieran pisado en Portugal para sofocar la libertad, ni el suelo de Italia para presenciar la toma de Roma por los franceses! Esas intervenciones odiosas son las que nosotros repugnamos, no las que tienen por objeto afianzar la libertad y la civilizacion europea, que por interés propio debemos defender.

Las consideraciones espuestas, bastan en nuestro concepto para desvirtuar los infundados cargos y las sofisticas razones de los que creen que España nunca debe tomar una parte activa en esa colosal lucha; nosotros ni lo queremos ni lo deseamos mientras acontecimientos mas graves no nos hicieran temer por la independencia de España y sus dominios; pero si llegase este caso no dudamos que se aprestarian espontáneamente muchísimos españoles á alistarse en las banderas de la civilizacion, que son las occidentales, aunque como manifestamos en otra ocasion, formando una legion española que ostentara el siempre glorioso estandarte de Castilla, si llegase el caso extremo que suponemos, los españoles no olvidarían que han combatido al lado de los ingleses y franceses cuando vinieron estos á pelear y morir por la libertad de nuestra patria.

La nacion hidalga y caballerosa que ha contraido semejantes deudas de honor; no puede negarse á pagarlas, y España no sería hoy, á pesar de su abatimiento, menos noble de lo que fué cuando dominaba en los mares y cuando el sol nunca se ponía en sus dominios.

La isla de Cuba no necesita para su defensa mas que la lealtad de sus habitantes y el valor de nuestro ejército; hasta hoy no hay por qué temer, falta una ni otro; y si nuestra preciosa Antilla se viera amenazada, no creemos que la Francia y la Inglaterra, por interés propio, dejasen de ayudarnos á defenderla.

Es cuanto tenemos que contestar al artículo que ha motivado estas líneas.

Al fin hemos tenido la fortuna de que un ministro tan entendido como laborioso, haya elaborado una ley de colonizacion agricola. La hemos leído con detenimiento y satisfaccion; no podemos en justicia imputarle la practica sabrá mejor que nosotros.

hacer ver las mejoras de que sea susceptible; pero hoy no podemos menos de felicitar al gobierno en la persona del señor Luján, á quien como ministro de Fomento le cabe la gloria de formar una ley tan útil como necesaria, y que tiene en su apoyo un estudio concienzudo de la historia de nuestros tiempos prósperos y desgraciados. Siga el gobierno esa senda, que los pueblos sabrán agradecerle, sobre todo los capitalistas emprendedores y los brazos cruzados que no tienen donde ocuparse.

Crónica parlamentaria.

Se esperaba por el público, y hasta con algun fundamento, que la sesion de ayer seria de tanto interés como las anteriores, puesto que debía continuar la discusion pendiente, sobre los acontecimientos del 17 de julio y siguientes, y la conducta observada por el ministerio que en aquella época estaba encargado de regir los destinos de la nacion, sin embargo sus esperanzas fueron defraudadas.

Abrióse la sesion á las dos poco mas ó menos, y despues de leida y aprobada el acta de la anterior, dióse cuenta de un decreto admitiendo S. M. la dimision del señor Allende de Salazar, ministro de Marina, y de otro en que se nombra para este cargo á D. Antonio Santa Cruz, leyéndose despues varias comunicaciones de diferentes provincias, que remiten las actas de segundas elecciones, todas las cuales pasaron, por acuerdo del Congreso, á las respectivas comisiones.

También se dió cuenta de una porcion de solicitudes de algunos ayuntamientos, pidiendo la abolicion del derecho de consumos, y otra de varios sugetos de los conducidos en el año de 1848 á Filipinas de real orden, ó como se decia entonces para variar de domicilio, pidiendo que se les abonaran por el Tesoro público los daños y perjuicios que les ocasionó tan injusta como arbitraria determinacion.

En seguida el Sr. ministro de la Gobernacion pidió para contestar á una pregunta que el Sr. Orense habia hecho al gobierno, sobre si era cierto que á la reina madre Doña María Cristina se la pagaba su pension por las cajas de la Habana, segun se aseguraba de público.

S. S. contestó que así era en efecto, y que por una real orden de 31 de agosto de 1845 se consignó sobre las cajas de la Habana el pago de la dicha pension, añadiendo que por otra de 14 de marzo de 1846 se dispuso igualmente que se la abonara el 14 por 100 por razon de cambios.

Satisfechos los deseos del Sr. Orense, el Sr. Luján, ministro de Fomento, ocupó la tribuna para leer dos proyectos de ley que tienen por objeto, el primero organizar la bolsa y el segundo las asociaciones mineras.

En el preámbulo del último, el señor ministro aseguró que el objeto del gobierno al someter aquel proyecto de ley á la deliberacion del Congreso, no es otro que tratar de poner un dique á la mala fé y á los amaños de los embaucadores mineros, que con engaños explotan la

reflexion ni intencion alguna; no obstante, tiene una viva necesidad de entregarle su afecto en recompensa de los beneficios que le debe. Cuando la razon no halla pábulo en un objeto exhaltase la imaginacion, y la de Charney hace del amor á Picciola una especie de culto ciego: persuádesse de que un lazo sobrenatural los une recíprocamente, que existen en la materia secretas atracciones, incomprensibles simpatías, que atraen al hombre hacia la planta. Así, el que todavía se niega á creer en Dios, va á caer tal vez en las pueriles creencias de la astrologia judiciaria! Picciola es su estrella, su patrona, ó su talisman.

Por qué motivo existen hombres de talento que no creen en Dios son al mismo tiempo en extremo supersticiosos? Porque el orgullo los ciega, y todo quisieran atribuirlo á ellos, á su fuerza ó á su gloria; pero el instinto religioso que tratan de sofocar en su pecho, distraído de su verdadero camino, se abre paso no obstante á pesar suyo tomando el extraño tono de sus caprichosas ideas; y el homenaje que tales hombres dedican en su vuelo hacia Dios vuelve á caer sobre los objetos terrestres. Quien juzgar mas bien que creer, y su genio, reducido aun en medio de su grandeza, estrechando delante de su vista el horizonte, solo les permite ver una pequeña parte de las combinaciones del gran todo. Desprecian el conjunto por los pormenores, creídos de que tales pormenores aislados podrán ser medidos por la razon y someterse al análisis, y no perciben los puntos de union y enlace con el resto del mundo creado; la creacion, el cielo, la tierra, los hombres, los astros, en una palabra, el universo entero, no forman acaso un ser solo, inmenso, completo, variado al infinito, que vi-

FOLLETTIN.

PICCIOLA.

R. B. SAINTE.

CAPÍTULO VII.

Ludovico se hallaba absorbido por el embelesamiento de un éxito tan feliz, y como extático al ver hablar de aquel modo al enfermo; no porque se parase en el sentido de sus expresiones, poco le importaba; pero el moribundo soltaba expresiones, coordinaba ideas, se movia, sudaba, vivía; y lo que le causaba tal emocion y le llenaba de placer y orgullo. Despues de algunos momentos de admirado silencio, exclamó al fin: «¡Viva! ¡eha maravilla! gracias á... y agitaba en el aire el puñero vacío de la tisana, y besándolo, le daba los nombres mas cariñosos, como si él mismo los hubiera pronunciado.»

«¿Gracias á quién? dijo el preso. Gracias á vuestros cuidados tal vez, honrado Ludovico; pero si en efecto consigo curar, no dejarán los médicos de atribuirlo á sus preceptos, y el capellán á sus oraciones.»

«Ni ellos ni yo tendríamos esa gloria, contestó Ludovico. En cuanto al señor capellán... quién sabe... no puede menos de haber aprovechado... Pero otro... otro...»

«¿Quién es pues ese salvador, ese protector

desconocido? dijo Charney con cierta indiferencia, pues presumia, que Ludovico atribuiria la cura á la intervencion de algun santo.

No es un protector, dijo este; es una protectora.

«¿Cómo? ¿qué queréis decir? ¿alguna virgen, acaso?»

No, no es ninguna virgen señor Conte. La que os ha salvado de la muerte, y de las garras del diablo sin duda, puesto que ibais á morir sin confesion, ha sido principalmente y antes que todo la signora Picciola, Picciolina, Picciolotta, mi ahijada... si, mi ahijada, pues yo fui quien le dió el nombre... si, el nombre de Picciola, ¿no me lo dijisteis vos mismo? Con que soy su padrino, y gloríame de ello, per Bacco!

Picciola! exclamó el Conde incorporándose y animando sus facciones la expresion de un vivo interés. Esplicadme, buen Ludovico, esplicadme!

Hacéis del admirado, replicó este con su guinda de costumbre; ¿es por ventura esta la primera vez que os hace semejante servicio? Cuando os veis acometido de este mal, al que estais sujeto, no se os cura siempre con esta yerba? Al menos así lo dijisteis, y gracias á Dios me acordé de ello: pues parece que Picciola tiene mas ciencia en una de sus hojas que todos los médicos juntos de París y Montpellier. Cierro: mi pobre ahijada en este asunto puede desafiar á un batallon de médicos; y en prueba de ello, los tres que os visitaron se volvieron arrojándose las ropas de la cama en los hocicos, cuando Picciola... ¡Oh, que Dios conserve su semilla! No haya miedo, que se me olvide la receta, y si nunca mi Antonito llega á enfermar, haré que la tome en decepcion y en ensalada por mas que le amargue. Con solo

presentarse ella ha obtenido la victoria; pues veis ahí ya curado, abris los ojos, reís... ¡ah! ¡viva la ilustrísima signora Picciola!»

Complaciase Charney al oír el locuz alborozo del buen carcelero; su vuelta á la vida y el pensar que lo debía á esa planta que habia endulzado sus horas de prision, le hacia dichoso; y en efecto sus labios abrasados por la fiebre mostraban placida sonrisa; pero de repente le ocurrió un pensamiento penoso y cruel, é hizo con cierto terror esta pregunta: ¿qué modo ha contribuido á mi curacion esta planta, cómo la habeis empleado?

«Nada mas sencillo, respondió con calma el carcelero: una azumbre de agua en un buen fuego, se hace hervir, y punto concluido.»

«Dios mío! exclamó Charney cayendo sobre la almohada y poniendo la mano en la frente, la habeis destruido! ¡Ah! ninguna reprension puedo haceros, Ludovico; con todo... mi pobre Picciola!»

«¿Qué voy á hacer ahora sin mi planta?»

«Vamos, calmaos, dice Ludovico, acercándose á él y tomando un tono consolatorio, calmaos y no os desahogéis. Escuchadme: ¿hubiera debido tubear en sacrificar un aleli para salvar á un hombre? No: ¿quién es verdad? Pues con todo, no hubiera podido decidirme á arrancar la planta de una vez, y meterla toda en el puñero. Por otra parte, era tambien inútil. Solo le he hecho pues un préstamo; con las tijeras de mi mujer le he cortado un poco de hojitas que de nada le servian, algunas ramas firmes sin ninguna yema; pues ahora tiene ya tres. Con que, la operacion se hizo perfectamente; y no por ella ha muerto; antes lo pasa muy bien, y á vos os ha aprovechado. Ya veis que soy discreto... Sedlo vos del mismo mo-

